EL COLISEO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICO-DRAMÁTICAS.
DE
J. M. G.

EL SASTRE DEL CAMPILLO.

E. Palacio

4 REALES.

MADRID.
IMPRENTA DE CRISTÓBAL GONZALEZ.
San Vicente alta, núm. 52.
1863.

7

CATÁLOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS DE ESTA GALERIA.

DRAMAS Y COMEDIAS EN TRES O MAS ACTOS.

La Urraca ladrona.
Las consecuencias del juego.
La Huérfana de Ginebra.

PIEZAS EN UN ACTO.

Una ganga.
Un dia de azares.
Una boda á quema-ropa.
Un gallego singular.
El sastre del Campillo.

Cuando se ejecute alguna obra, cuya propiedad ignoren los señores comisionados, exigirán el libro impreso, para si pertenece á esta Galería reclamar y cobrar los derechos.

EL SASTRE DEL CAMPILLO.

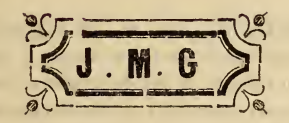
EL SASTRE DEL CAMPILLO.

ROMANCE TRISTE

EN UN ACTO Y EN VERSO,

DE

DON EDUARDO DE PALACIO.



MADRID.

IMPRENTA DE CRISTÓBAL GONZALEZ.
San Vicente alta, núm. 52.

1863.

PERSONAJES.

LUISA.
MANUELA.
PACO.
JUAN ANTONIO.
DON JOSÉ.
PORTERO.

La accion en nuestros dias.

(4.)

ACTO ÚNICO.

Sala medianamente amueblada: sillas, una mesa á la derecha con útiles de sastrería, balcon á la izquierda, puertas al foro y á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

PACO.—DON JOSÉ.

DON JOSÉ. ¿Se trabaja?
PACO. Sí señor;
la ocupacion consabida.
DON JOSÉ. Dios ayuda en otra vida
al hombre trabajador.
Desde el pecado de Adan
con sudor el pan hallamos...
PACO. Pero algunos le sudamos
y otros se comen el pan.
DON JOSÉ. La sociedad no es perfecta.
PACO. Hay seres al mundo aciagos.

¡Siempre hay vagos!

DON JOSÉ. Sí que hay vagos...
¡Eso es por mí!... ¡Qué indirecta!...
¿Y qué le vamos á hacer? ..
Gentes desmoralizadas!

PACO. Y yo á fuerza de puntadas
solo consigo comer!
Este oficio está muy mal.

DON JOSÉ. Es general el atraso.

PACO. A Dios gracias, soy un caso
puramente excepcional.
Pero sé que en otras partes
á donde voy á menudo,
apenas cae un desnudo.
Hay otras artes...

DON JOSÉ. ¿Qué artes?
Esa loca propension
al hombre hácia el mal empuja...
en la sociedad, la aguja
tiene muy alta mision.
¡Cuántos se dan á pensar!
¡Cuántos murieron ayer
y solo por poseer
la aguja de marear!

PACO. Bajo ese punto de vista
no hay nada que desear.
Pero hablando de otra cosa,
¿no sabe usted lo que pasa?
Que nos venden esta casa,
segun han dicho á mi esposa.
Quizás se firmó el contrato
á las horas que esto digo.
¿Don José, y dónde consigo
otro rincon más barato?

DON JOSÉ. El peligro es evidente,
tan barato no le habrá.

PACO. Como que debia ya
seis meses con el corriente.
Vendrá el otro poseedor
y al ver que soy en deber,
hará sacar el taller
en medio del corredor.
Y de la plancha al ovillo
pondrá pública almoneda...
¿Donde va con lo que queda
el maestro del Campillo?
Ya que su predecesor
tan buen corazon tenia... (Enternecido.)
Era de mi compañía,
es verdad, fué gastador.

DON JOSÉ. Vaya, Paco, no se aflija.

PACO. ¿Quiere usted que esté contento?
Yo, francamente lo siento
por mi mujer y la hija;
pues si yo no las tuviera,
quién hundia mi arrogancia?
¡Vaya!... estaria yo en Francia
ensayando mi tijera.
Ya ve usted, ¡qué voy á hacer!
Luisa, que por no ser mia
la quiero más todavía
que siendo hija.

DON JOSÉ. A mi ver,
aunque es muy grande el apuro,
¿tan duro ha de ser?

PACO. ¡Y tanto!
que tuviera yo de santo
como él ha de ser de duro.

DON JOSÉ. Es prejuzgar la cuestion;
mas le queda á usté el derecho...

PACO. No señor, me queda el hecho;
tirarle por el balcon.

Ahora abusando de usté...

DON JOSÉ. Hombre, por Dios...

PACO. Sí, señor;
voy á pedirle un favor,
mi apreciable don José.
Usted me dará consejo
en un asunto...

DON JOSÉ. (*Haciendo seña de dinero.*) (No pide...)
Lo que quiera. (*Con afabilidad.*)

PACO. Que decide
de la ventura de un viejo.

DON JOSÉ. Sabe usted que suyo es
mi escasísimo talento.

PACO. Sí, señor, ya sé que cuento
con su aprecio é interés.
Ya sabe, que entre los dos
nunca reserva ha existido,
como yo me hice marido,
con la voluntad de Dios.
Y siendo mi regocijo,
como á otros es importuno,
un hijo y tienen alguno,
Dios no quiso darme un hijo.
Habia en la vecindad
y siempre estaban en riña,
un matrimonio, una niña,
pero de muy corta edad.
Yo no sé qué pudo ser
la causa de aquel dolor...
si él se dió á conspirador
como se daba á beber,
que en las modernas cruzadas,
cuando aquellas tremolinas...
hizo el viaje á Filipinas
con algunos camaradas.
Y como era natural,

la pobre esposa aflijida,
vino á concluir su vida
á poco en un hospital,
dejando sin nadie en pos
con sentimiento profundo,
sola, solita en el mundo
al angelito de Dios.

DON JOSÉ. ¡Pobrecita! (Afectando sentimiento.)

PACO. Ya ve usted,
tanta compasion tuvimos,
que á la niña recogimos.
¿Qué haria usted, don José?

DON JOSÉ. Es claro... ¿quién tiene calma?...

PACO. Y la chica fué creciendo,
como la íbamos queriendo
con la vida y con el alma.
Hoy se encuentra ya en edad
y de condiciones es,
que en ser su esposo un Marqués
no la haria gran bondad.
Pues bien, como yo sé el quid...
en San Lorenzo nacido,
y mil pueblos que he corrido
aquí á legua de Madrid,
sé algo, y temo que alguno
haga en la casa un desmoche;
me la enreda y buena noche...

DON JOSÉ. ¡Hay en Madrid mucho tuno!...

PACO. Hoy con palabra formal
que mi apuro multiplica,
llegó á pedirme la chica
Juan Antonio, mi oficial.
Es un chico muy honrado;
y yo bien se la daria;
mas como no es hija mia,
casi tengo más cuidado.

Aunque en el trato exterior
es bueno y hará carrera,
no se vé el hombre por fuera
lo que guarda al interior.
Este es el caso, usted vé
que yo debo consultar
con quien me sabe apreciar
tanto como don José.

DON JOSÉ. El lance es sério, eso es claro;
pero yo no dudaria
y á la chica le daria
sin tener ningun reparo.
Es una alhaja.

PACO. Bonita.

DON JOSÉ. Tan honesta.

PACO. Muy honesta.

DON JOSÉ. ¡Qué modesta!

PACO. (Algo...) Modesta.

DON JOSÉ. ¡Tan humilde!

PACO. (Algo...) Humildita.

DON JOSÉ. Si yo no fuera quien soy...

PACO. ¿Cómo?

DON JOSÉ. ¿Pues á quién no encanta?
¡Ay!... no se encuentra una santa
á su edad, tan fácil, hoy.

PACO. ¿Conque usted?... Y por qué santos
no ha de atreverse?...

DON JOSÉ. ¡Ahí es nada!
Fuera una calaverada
sin contar... (*Haciendo seña de dinero.*)

PACO. Como otros tantos.

DON JOSÉ. ¡Pobre de mí!

PACO. ¡Don José!

DON JOSÉ. Falto de recursos...

PACO. Ya.

DON JOSÉ. Debiéndole... usted sabrá

lo mucho que debo á usté.
Amigo fiel y sencillo
que me viste y me alimenta.
¿Cómo, á quién se le presenta
otro sastre del Campillo?

PACO. No diga usted tonterías.

DON JOSÉ. La gratitud me precisa...

PACO. ¡Calle!... aquí viene mi Luisa.

ESCENA II.

DICHOS.—LUISA.

LUISA. Buenos dias.

DON JOSÉ. Buenos dias.

LUISA. Papá, tenemos que hablar.

PACO. Cuando tú quieras hablemos,
yo tambien he de decirte
una nueva y un secreto.

DON JOSÉ. Si hay asuntos reservados...

PACO. Usted nunca estorba.

DON JOSÉ. Bueno.

PACO. Para don José, en mi casa
ninguna reserva tengo.
Díme. (A Luisa.)

DON JOSÉ. De todas maneras
voy á salir; pronto vuelvo.

PACO. Como quiera.

DON JOSÉ. Adios, Luisita.

LUISA. (Con despego.) Agur... (Me carga este viejo.)

(Sale don José, foro.)

ESCENA III.

LUISA.—PACO.

PACO. ¿Qué me tienes que decir?
LUISA. Mucho y malo.
PACO. A ver, á ver.
LUISA. Te tengo que reprender,
te debo de corregir.
Tengo motivo sobrado
para hablar de esta manera,
porque sin que yo lo quiera
me quieres cambiar de estado.
Y es un nécio porfiar
que á resistir me decido,
tratar de darme marido
si no le quiero tomar.
Esto no lo creo justo,
que si el demonio me tienta,
yo tomaré por mi cuenta
uno que sea á mi gusto.
Conque es inútil tu afan
si no es él como le quiero,
rico, mozo, caballero,
rendido, guapo y galan.
PACO. ¡Jesús y qué chaparron!
Esta muchacha me emboba;
no se aprende con la escoba
tantísima relacion.
Ni te podré contestar,
ni que sospeches, espero,
que yo violentarte quiero
la manera de pensar.
Juan Antonio es el demonio;
por tí no vé las costuras

y hará por tí mil diabluras
el diablo de Juan Antonio.
¡Dios nos libre de que estalle!
no quisiera yo ni verle.

Luisa. Pues buen remedio, ponerle
de patitas en la calle.

Paco. ¡Vaya!.. la niña se esplica!

Luisa. ¿Pues qué quiere usted hacer?

Paco. Es cruel el proceder;
eso no está bueno, chica.

Luisa. ¿Y usted me tiene que hablar?

Paco. Nada, yo termino presto...
de nada, porque ya has puesto
la horca antes que el lugar.

Luisa. ¿Y el secreto?

Paco. No es del caso.

Luisa. No podré vivir en paz...
por saberlo soy capaz
de casarme.

Paco. ¡Vaya un paso!
¡Jesús y qué veleidad!
el seso tienes perdido.
Eso lo habrás aprendido,
es claro, en la vecindad.
¡Hay por aquí buenas gentes!
Nada, en llegando á salir
del centro, ya no es vivir
para personas decentes.

ESCENA IV.

Dichos.—MANUELA por el foro.

Manuela. ¿Ha salido don José?

Paco. Hace un momento.

Manuela. ¿No sabes?..

Le cayó la lotería.

PACO. ¿Será cierto?

MANUELA. Diez mil reales.
El tendero de la esquina
donde voy por el vinagre,
jugaba con él, y, es claro,
tambien le cayó una parte.
No será malo decirle
que, pues lo tiene, nos pague.
Ya sabes que hace tres años
vive en la casa de valde,
y tú le vistes, le calzas,
(y en cambio, Dios bien lo sabe,
que si yo fuera más blanda...)

PACO. ¿Qué dices?

MANUELA. Que le despaches,

LUISA. Tiene usted mucha razon;
(¡siempre detrás requebrándome!)

PACO. Hasta, ver cómo se esplica...
¡Es muy honrado!

MANUELA. ¡Quién sabe!

PACO. Y si tiene un duro, medio
es para su amigo el sastre.

MANUELA. Otra noticia: la casa
cambió de dueño; esta tarde
vendrá el nuevo.

PACO. ¡Dios me valga!
¡y me plantará en la calle!

MANUELA. Yo no sé donde se marcha
el dinero.

PACO. ¿No lo sabes?

MANUELA. Yo estoy desnuda.

LUISA. ¡Ya, ya!..
pues quien la escucha... qué lance!
el vestido verde, el lila,
el azul, el grís, el ánade...

¡todos de un tafetancillo!..
PACO. ¿Qué tal? ¡la hija de un sastre!
Callad, que por no escucharos
quisiera volverme *hilvanes.*
En los tiempos de mi infancia,
las mujeres menestrales,
si tenian dos vestidos
ya murmuraba la clase.
Hoy no hay distincion, no hay rango,
ya todos somos iguales,
asi que la clase media
se la vá á llevar el draque.
El lujo, la broma, el *fausto*;
¡como el pan no se *abarate*!..
MANUELA. Lo cierto es que te verás
sin tener donde albergarte.
PACO. Mujer, no aventures juicios;
aguardemos á la tarde.

ESCENA V.

DICHOS.—EL PORTERO.

PORTERO. ¡Qué demonio de escalera!..
¡Jesús!.. vengo reventado... (Se sienta.)
y un calor tan extremado...
¡Puf!.. voy á marcharme fuera. (Con énfasis.)
Buenos dias; ahora que
me acuerdo que no los dí...
Me manda el señor aquí
para que le llame á usté.
Es tan tramposo... (Se levanta.)
PACO. (Colérico.) ¡A fé mia!..
PORTERO. Yo tambien mis deudas tuve.
¡Si viera usted cómo estuve
cuando entré en la portería!..

Paco. Vamos.
Portero. Vaya usted delante.
Vecinas, hasta más ver.
Manuela. (Me carga á más no poder.)
Paco. Andando.
Portero. (Con aire socarron.) Ya voy, tunante.
(Salen ambos por el foro.)

ESCENA VI.

MANUELA y LUISA.

Luisa. Yo no puedo más.
Manuela. ¡Paciencia!
de menos nos hizo Dios.
Luisa. ¡Cómo nos tiene á las dos!
Manuela. De algo sirve la prudencia.
El pobre no puede más.
Luisa. Con lo que aquí se *tragina*.
Manuela. *Sube mucho la cocina*
sin contar con lo demás.
Luisa. ¡Como Dios no nos socorra!
Manuela. Tan bueno es tu padre, que...
ya ves tú con don José,
aquí, viviendo de gorra.
Bueno es hacer beneficios,
mas con su cuenta y razon.
Luisa. No estamos en situacion
de hacer tales sacrificios.
¡Don José!
Manuela. ¡Jesús, qué horror!
Me marcho.
Luisa. Y yo. (Salen por la derecha.)

ESCENA VII.

DON JOSÉ.

¡Por San Blas!
Por catorce puntos más,
no saco el premio mayor.
La fortuna es importuna
como nos dé en perseguir;
no he jugado vez ninguna
casi, se puede decir,
sin tener buena fortuna.
Y unas bien y pocas mal,
he formado un capital,
que aumento seguramente
viviendo gratuitamente
en casa de un menestral.
¡Pobre sastre! Ya no hay duda
que le ponen á servir,
como el cielo no le acuda.
¿Y dónde voy á vivir?..
¡Si su mujer fuera viuda!
Yo bien podia hacer algo:
prestarle algun capital
á nombre de otro... no valgo...
¿Y si continúa mal?
Nada, yo ni entro ni salgo.

ESCENA VIII.

DON JOSE y JUAN ANTONIO.

JUAN. Me alegro encontrar á usted.
DON JOSÉ. Tú me dirás la razon.

JUAN. Una recomendacion
que espero de don José.
Quiero establecerme,

DON JOSÉ. Pero..,

JUAN. Echan al maestro...

DON JOSÉ. ¿Sí?

JUAN. Yo quiero quedarme aquí
y que le hable usté al casero.
En mí no parece bien.

DON JOSÉ. En mí parece muy mal.

JUAN. ¿No conoce usted?

DON JOSÉ. Sí tal.

JUAN. Vivirá usté aquí tambien. (Con intencion.)
Y por ver cómo se esplica
hable usted á Luisa.

DON JOSÉ. ¡Cá!

JUAN. Que tiene usted casa.

DON JOSÉ. Ya...
y tú quieres tener chica.
En eso no hablemos nada;
no abuses del miserable.
La pobreza es detestable
si deja de ser honrada.
Al honor se mortifica
con cualquier cosa.

JUAN. Lo sé.

DON JOSÉ. Lo de la casa lo haré,
porque no me perjudica.
Que aunque de ingrato, el amigo
que mesa y lecho me dá,
me tache, en cambio verá
soy benéfico contigo.
Voy corriendo... (Aseguré
por algun tiempo esta ganga.) (Sale foro.)

JUAN. Cuando me pese esta manga,
yo me la despegaré.

ESCENA IX.

JUAN ANTONIO.—Despues LUISA.

JUAN. ¡Interés, vil interés!
¡Cómo somos! Yo hago mal,
pero este.... digo, ¿qué tal?
cuando se diga despues...
mira, mira el oficial.
Mas tambien si voy á hacer
caso de tanto decir...
Yo me voy á establecer,
á trabajar, á vivir...
puedo ganar y perder.
La conciencia no me acosa,
como la casa me den
y sea Luisa mi esposa...
Creo que un hombre de bien
no puede hacer otra cosa.
Dios te guarde. (A Luisa.)

LUISA. ¡Con franqueza!
¿A qué viene el tutearme?
¿Yo con usted me propaso
para que usted se propase?

JUAN. ¿Y porque tú no lo seas,
tampoco he de ser amable?

LUISA. ¡Si viera usted que me aplastan
esas *amabilidades!*

JUAN. Luisa... ¡bendito sea Dios,
qué manera de tratarme!

LUISA. ¿Pues qué quiere usted que haga?

JUAN. Quererme.

LUISA. ¿Cómo se hace?

JUAN. Sintiendo lo que yo siento.

LUISA. ¿Son dolores? (Con burla.)
JUAN. Son pesares.
LUISA. ¿Llora usted?
JUAN. Algunas veces.
LUISA. ¿Duran mucho esos ataques?
Siente usted calor ó frio?
JUAN. Yo... (Cortado.)
LUISA. Acabe usted, acabe.
¿Se le pondrán las costuras
como antes de que las planche?
Vaya, parece que yo
le hago á usté el amor en sastre.
¿Y no se convence aún
de que no somos iguales?

ESCENA X.

DICHOS.—MANUELA.

MANUELA. ¿Qué es esto?... ¿hablando los dos?
LUISA. Es asunto concluido;
Creo que está convencido
por siempre, gracias á Dios.
JUAN. Sí, yo tengo mala estrella;
el señor Paco mintió.
MANUELA. No, mi marido creyó
que seria gusto de ella.
Mas segun se deja ver,
tiene usted mala fortuna.
JUAN. ¿Por qué?... Si no quiere una
me faltará otra mujer?
Por lo demás, cambia el aire
y estoy seguro de que
ya se arrepentiria usté
de haberme hecho este desaire.
Si llega el caso, no hay más,

que me vengue no lo dude;
y por más que usté estornude
no he de decirla Jesús.

ESCENA XI.

Dichos.—PACO.

Paco. ¡Estamos bien!... ¡Bueno vá!
Juan. Sí, señor, muy bien estamos.
Paco. En la calle nos quedamos.
Juan. Yo me quedo por acá.
¿Pues que habia usted pensado?
¿Pues qué habia usted creido?
Burla por burla, querido;
yo tengo el cuarto alquilado.
Paco. ¡Ingrato!... ¿será verdad?
Juan. Lo mismo que lo refiero;
yo me quedaré soltero
pero aquí en la vecindad.
Que usted se enfade es en vano.
Paco. ¡Ingrato!
Juan. Ya lo veré;
no le ha de quedar á usté
ni siquiera un parroquiano.
Paco. ¡Ingrato!.. ¡Qué diferente
cuando agujas enebrabas
y esconderte procurabas
en cuanto venia gente!
¡Despues de la asiduidad
que yo puse en enseñarte,
ahora vienes á explicarte
con una barbaridad.
¿Tanto Luisa te interesa
que nos quieres arrojar?

Yo no te debí quitar
el pelo de la dehesa.
Pero mi buen corazon
mucho me hace padecer.
Si volviera á suceder
te dejaría en Chinchon.

JUAN. No lo hizo usted por mi bien,
fué porque le convenia.

PACO. ¿Qué te parece, hija mia?

LUISA. Nada, á todo digo amen.

JUAN. Concluyamos la cuestion:
si se vá á desocupar,
ya puede usted empezar,
que quiero la habitacion. (Sale.)

ESCENA XII.

DICHOS.—DON JOSÉ.

DON JOSÉ. Ya cambió la propiedad.

PACO. ¡Paciencia!.. lo siento harto...
tambien se cambia de cuarto
parte de la vecindad.
Juan Antonio; ¡Dios me valga!
con nuestra casa se queda.

DON JOSÉ. Mucho temo que no pueda
y que salga lo que salga.

PACO. ¡Qué ingrato! ¡atreverse á mí
que siempre su padre he sido!
¡Qué desengaño he sufrido!
¡ah, si el hombre fuera así!..
Por fortuna es excepcion;
la humanidad adelanta;
solo el contemplar espanta,
su mezquino corazon.

DON JOSÉ. (¡De que sepas que fuí yo
el que al propietario hablé!)

PACO. ¿Y sabe usted, don José,
quién es el casero?

DON JOSÉ. No.
Sé que se llama Ruperto.

PACO. ¿Don Ruperto?

DON JOSÉ. Sí, Olivar.

PACO. ¿Edad? (Con interés.)

DON JOSÉ. No debe esperar
los cincuenta.

PACO. Cierto, cierto...
¡Jesús!.. ¡qué felicidad!..

MANUELA. ¿Qué dices?

PACO. ¡Que nos salvamos!
El padre... la hija... vamos...
y en la misma vecindad.
Tenemos que hablar los dos. (A don José.)

DON JOSÉ. Cuando usted quiera.

LUISA. ¿Nos vamos?

PACO. Mientras nosotros charlamos,
dadle mil gracias á Dios.

LUISA. ¡Delira!

MANUELA. ¡Quién sabe... eso
nos podia suceder!

LUISA. Ya no queda que perder
cuando se ha perdido el seso.

ESCENA XIII.

DON JOSÉ y PACO.

PACO. ¡Don José del alma mia!
¡Cómo el cielo recompensa,
y cuando menos se piensa
nos devuelve una alegría!

Usted, como es natural
ignorará lo que vé;
pero, amigo don José,
es un premio celestial.
Esto me saca del fango;
en la gratitud confío,
porque tengo, señor mio,
hoy la sarten por el mango.
Ya la historia llana y lisa
de Luisa conoce.

DON JOSÉ. Es cierto.

PACO. Que al padre se dió por muerto
y yo me encargué de Luisa.
Pues bien, acortando, digo
que el don Ruperto Olivar,
ha de ser á no dudar
el padre.

DON JOSÉ. Comprendo, amigo.

PACO. Ya vé usted que el caso es sério.
Averigue usted, intente,
mas sin que huela la gente
ni un átomo del misterio.
Su proteccion nos cobija
y nos cede un mayorazgo.
Ya puede dar buen hallazgo
por encontrar una hija.
Conservo un retrato de él,
y en una caja pequeña
guardo *alguna que otra* seña,
y un rollito de papel.
Estos serán complementos,
mejor dicho, comprobantes.

DON JOSÉ. Pida usté el hallazgo antes
y no ande con cumplimientos.

PACO. ¡Hombre, por san Agustin!..
me parece inconveniente;

eso se hace solamente
cuando se vuelve un mastin.
Reniego yo de mi estrella;
que por mucho que me dé
me paga el mal, ¿cree usté,
de dejarme ahora sin ella?

DON JOSÉ. Yo su dolor bien comprendo...
¿quién esperaba este caso?
(¡Caramba, si yo me caso
con ella, sí que lo entiendo!)

PACO. En fin, saldremos de apuros,
tal vez tire las tigeras.

DON JOSÉ. Paco, de todas maneras
disponga usté de cien duros:
(no hay peligro en ofrecer
lo que no se ha de cumplir.)

PACO. Gracias, don José. (Con efusion.)

DON JOSÉ. Es decir,
que puede usted disponer...
Me tocó la lotería.

PACO. (¡Qué buen amigo! ¡qué franco!...)

DON JOSÉ. Herrar ó quitar el banco...
Voy corriendo. (Sale.)

PACO. ¡Luisa mia!...

ESCENA XIV.

PACO.—LUISA.—MANUELA.

PACO. ¡Luisa de mis ojos!

LUISA. ¿Qué te sucedió?

PACO. ¡Pasan unas cosas!
Tengo el corazon
del mismo tamaño
que un grano de arroz!

Yo he visto sereno
la revolucion;
me casé tranquilo,
prueba de valor;
debo muchos cuartos ,
no tengo un doblon
desde aquellos dias
en que el rey rabió;
pero sin embargo
no perdí el humor,
y voy á *la Teja*
á tomar el sol
y á comer sardinas
y á aguar la funcion
con una botella
de peñascaró.
Cuánto amor te tengo
lo conozco yo,
que agota las fuerzas
de mi corazon.
Voy á darte un golpe... (Sollozando.)

LUIS. ¿Y dime, señor,
en qué santo estamos
que lleva sermon?

PACO. (¡Inocente niña!...
se rie... ¡oh dolor!
Cuando ella comprenda
su separacion...
porque ella me quiere
con el mismo ardor.)

ESCENA XV.

DICHOS.—DON JOSÉ.

DON JOSÉ. ¡Hemos triunfado! Ella es...
su padre anhela...

PACO. Está claro;
dígaselo usted... no puedo...
vamos, Manuela, salgamos.

DON JOSÉ. Bien pueden darme la casa
por lo mucho que trabajo.
(Salen Paco y Manuela.)

ESCENA XVI.

LUISA.—DON JOSÉ.—Luego PACO Y MANUELA, al paño.

LUISA. ¿Qué sucede, don José?..
¿A qué viene tal gemir?

DON JOSÉ. Qué quieres, yo no lo sé!
que no es cosa de sentir
lo que yo te contaré.
¿Tú quieres, acá inter nos,
al tio Paco y á Manuela?

LUISA. Pues quedando entre los dos,
de aquí á dentro no me cuela
mi padre, bien sabe Dios.

PACO. (Dentro.) ¿Estás oyendo, mujer?
¡Qué es lo que llego á escuchar!

LUISA. Y hasta he llegado á creer
que la hija no he de ser
de quien me obliga á fregar.

DON JOSÉ. ¡Pobrecita!

LUISA. Ya usted vé...

Don José.	Pues piensas muy cuerdamente:
	tu padre ha vivido ausente.
Luisa.	¿Qué dice usted, don José?
Don José.	Es persona muy decente.
	Libróle Dios de un desastre
	en los viajes que emprendió.
Luisa.	¡Qué bien sospechaba yo (Con orgullo.)
	que no era mi padre un sastre!
Paco.	No puedo más... se acabó...

ESCENA XVII.

Dichos.—PACO.—MANUELA.

Paco.	¡Ingrata, sierpe ó fiera!
	que en tan variados males
	preso tu corazon se considera,
	no sabes lo que vale
	ni comprende tu juicio
	cuánta fué la extension del sacrificio.
	Si el mundo todo fuera
	tan villano y tan vil ¿no sucumbiera
	el alma tierna y pura?
	Mas es una excepcion tal criatura.
	Aquí está don José, dulce modelo
	de los más nobles séres;
	pero tú eres mujer, y las mujeres
	son plantas en el suelo
	que su veneno exhalan hasta el cielo.
Don José.	¿Usted se ha vuelto loco?
Paco.	¡Ay, don José, me debe faltar poco!
Manuela.	¡Ingratuela! ¡Muñeca!
Don José.	Hasta llegar á insultos no vá malo.
Paco.	¡Vete de aquí, taimada!
Don José.	Basta de injuria ya.

PACO. ¡Si cojo un palo!
DON JOSÉ. ¡No hará usted!... la defiendo.
MANUELA. ¡Descastada!
LUISA. No es la prímera vez que escucho esto
y no ofende al oido
lenguaje descompuesto,
que mi primera educacion ha sido.
DON JOSÉ. Vámonos, hija mia,
vamos á ver al padre que te adora.
LUISA. ¡Buen hombre, adios; agur, buena señora.
Como diré á mi padre, esto no es nada,
nada más que se marcha la criada.
(Salen por el foro Luisa y don José.)

ESCENA XVIII.

MANUELA.—PACO.

PACO. (Sollozando.
¡Se vá, Manuela, se vá!
MANUELA. (Id.) ¡Quién sabe si la veremos!
PACO. No vuelve á acordarse ya...
Sabe cómo la queremos,
por eso no nos querrá.
¡Manuela, qué corazon!
¡Si todos fueran así!
No, que con mucha razon
entonces, echara aquí
el cielo su maldicion.
MANUELA. Paco, la gran mayoría
tiene tan mal proceder.
PACO. Bah! Manuela: Ave María,
que pensabas, no creia,
tan malamente, mujer.
Pues tienes tú buenos modos
para animar á la gente.

ESCENA XIX.

DICHOS.—DON JOSÉ.

DON JOSÉ. Vamos á la calle todos,
no más que interinamente,
hasta encontrar acomodos.
PACO. ¡Es posible!
DON JOSÉ. Luisa habló
de una suerte... él indignado...
¡qué!... nos hubiera estrellado!
¡ni aún muchas gracias me dió! (Con pena.)
(¡Yo que le habia ofrecido!)
PACO. ¡Don José!
DON JOSÉ. (¡San Hilarion!
ya encajó la peticion.)
PACO. Perdone usted si le pido...
DON JOSÉ. ¡Ay apreciable!... (Lo dije.)
no puedo...
PACO. Bien sabe Dios...
DON JOSÉ. Aquí para entre los dos
no sé ni el rey que nos rige.
PACO. Por tanto, abuso...
DON JOSÉ. Está en uso.
PACO. Pido á usted...
DON JOSÉ. (¿Vuelta?... ¡Ay Alá!)
PACO. El perdon...
DON JOSÉ. (¡Acabó!) Ya...
hasta aquí no ha habido abuso.
MANUELA. Como usted no nos ayude...
usted puede hacerlo, ahora
es rico...
DON JOSÉ. Pero, señora,
¿yo?... Pues si Dios no me acude,
no podré ni aún mal vivir;

estoy en último caso,
yo tengo que dar un paso
que no queria... (mentir.)
Mi hermano, mi padre anciano
á quien mandé aquel dinero
que á usted ofrecia...

PACO. Pero...
¿tiene usted padre y hermano?

DON JOSÉ. Sí, señor... (en gloria estén...)
¡Pues si no fuera por eso!
me atan y me tienen preso...

PACO. Entonces, dice muy bien.

MANUELA. ¡Necio! sin escarmentar,
cuando llueven desengaños!
¿Le has oído tú en tres años
á su familia nombrar?
Es proceder bien villano,
don José, su proceder.

DON JOSÉ. Cuanto uno desea hacer
no se lo encuentra á la mano.
Siento mucho un rompimiento,
(llegó la hora) porque, (Lloriqueando.)
señora, no sabe usté
cómo siento, y lo que siento.
Pero su perversidad
pone á la pólvora fuego.
(Ea, aquí de Villadiego.)
Que sigan sin novedad.
(Sale por el foro.)

ESCENA. ÚLTIMA.

PACO.—MANUELA.

PACO. Manuela, ¿es cierto?

MANUELA. Ya ves.

PACO. ¿Con que todos?
MANUELA. Todos, sí.
PACO. ¿A quién recurrimos, dí?
¿á quien nos escucha? (Al público.)
MANUELA. Pues.
PACO. Las máximas recordad
que el decálogo encomienda;
no me solteis la tremenda,
que fuera una atrocidad.
Yo soy un hombre sencillo
célebre por mis costuras.
No os pareis en las hechuras
del maestro del Campillo.

FIN.

Habiendo examinado esta obra dramática, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada. Madrid 8 de Mayo de 1863.—*El Censor de Teatros.*—ANTONIO FERRER DEL RIO.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

Cuesta, Carretas, 9.
Moya y Plaza, Carretas, 8.
Duran, Carrera de San Gerónimo.

La Administracion está situada en la calle de Jacometrezo, número 17, cuarto bajo de la derecha.

PROVINCIAS.

En casa de los Comisionados de esta Galería.